

¿HA MUERTO EL MARXISMO?

POR

ANGEL MAESTRO

I. LA CRISIS DEL MARXISMO-LENINISMO EN EL ESTE

Debido a los acontecimientos que desde 1989 hasta el momento han trastocado el mundo del marxismo-leninismo, parece, al menos aparentemente, que el marxismo hubiese quedado herido de muerte al desplomarse sus reductos en la Europa del Este. Particularmente la innegable crisis de su centro de inspiración mundial desde 1917, el partido comunista de la Unión Soviética, seguida de la situación en gran parte caótica a la que se enfrenta la antaño «guía del progresismo mundial», «faro y luz de los trabajadores de todo el mundo», «donde se ha hecho realidad el hombre nuevo», etc.

Dicha crisis que afecta a lo que en verdad, fuera de los ridículos y degrandantes ditirambos propios de la hagiografía comunista, era el motor y el centro de inspiración de la revolución mundial, y más aún el cerebro de la misma, ha producido efectos innegables. Efectos que hacen pensar en su muerte.

Para todo aquel que conozca a fondo y haya estudiado las tácticas leninistas, es evidente que Mijail Serguievich Gorbachov era un verdadero leninista. Sólo el desconocimiento y la frivolidad imperante en la mayoría, los medios de comunicación occidentales, y en el fanatismo subyacente en los liberales estadounidenses, o en la progresía europea, podía hacer pensar que el bueno de «Gorby» era un liberal al estilo clásico, o un demócrata convencido. Lo cual habría sido milagroso.

Un individuo nacido en un koljoz, hijo de «koljozianos», comunistas medios, educado en Moscú, en el Moscú de Stalin, miembro primero del «Konsomol», antes aún pionero, candidato al partido, con acceso a la formación de la élite soviética. En un ser con tales antecedentes de alienación de su pensamiento, desde niño a adulto, resulta casi increíble que, como un nuevo San Pablo, cayese de su error y abjurase del leninismo, para convertirse en adepto de Rousseau, o de Montesquieu, o de Hume.

Todo aquel que haya penetrado en la esencia del leninismo,

y no tenga del mismo la opinión superficial típica del habitual comentarista político de la televisión o de los diarios, comprenderá que una de las características básicas de leninismo era la flexibilidad y la adaptación a las circunstancias. Así, aunque sobre ello hemos insistido en estas páginas en varias ocasiones, hay que volver a repetir que el pragmatismo leninista en llegar a la paz con los considerados reaccionarios imperios centrales, frente a los teóricamente más democráticos y afines aliados con sistemas parlamentarios, supuso un ejemplo de flexibilidad y acomodo por parte de Lenin a la marcha de los acontecimientos que causó el asombro, y aun la indignación, de sus compañeros del partido. Hasta el mismo Trotski —entonces aún no era la víbora lúbrica estaliniana, ni el monstruo indescriptible— se opuso a Lenin. Y con él, parte del estado mayor bolchevique.

Para un político occidental, para un comentarista al uso en occidente, Lenin y su partido siempre serían más afines a los socialistas franceses o británicos, e incluso a los políticos parlamentarios de esas naciones, que a los sistemas más autoritarios del imperio alemán o del imperio austrohúngaro.

Pero no, Lenin consideraba tan despreciables a unos como a otros, e incluso aún más a las democracias burguesas. Y cuando vio que el pacto con los germanos le permitió, a través de negociaciones secretas, poner pie en la Rusia caótica y desorganizada por la revolución evidentemente masónica de febrero de 1917, pactó con ellos.

Mas iría aún mucho más lejos, como decíamos; con la oposición del aparato dirigente bolchevique en gran parte, al ver que después de su triunfo frente al gobierno masónico de Kerenski —donde el mismo Kerenski, y casi la totalidad de sus ministros obedecían a las logias preferentemente británicas— la única forma de afianzar y sostener el naciente poder bolchevique sería el pacto con los alemanes.

A costa de ceder lo que fuese, de cuantas humillaciones se necesitasen, Lenin impuso su postura en el partido bolchevique y se firma la humillante paz de Brest-Litovsk. Era el respiro que necesitaba para sobrevivir. Si hubiese cedido al impulso de la ultraizquierda, de los ultrarrevolucionarios —tan propensos siempre como la derecha en llamar traidores a los que no coinciden con su planteamiento en un momento dado— el sueño bolchevique se habría desvanecido. A pesar de los horrendos crímenes y de la represión brutal y despiadada de la «tcheka», Rusia, el pueblo ruso, ya no podía más, y el proyecto leninista de un hombre nuevo, de una sociedad nueva, siempre el futuro —pobres de los que

han de soportar el presente— habría pasado a ser otro proyecto de los Nechaiev, Tkachev, Zaichnevski, Chernichevski...

Más adelante, la Rusia que a los errores sin cuento de la guerra mundial unía el sufrimiento ya casi indescriptible de la revolución y de la guerra civil, y del terror bolchevique impuesto por el comunismo de guerra, llegó casi a la muerte por el colapso de la energía del pueblo y de la sociedad. Otra vez frente a los teóricos del ultraizquierdismo, entre ellos Bujarin, luego ejecutado por Stalin acusado de desviacionismo derechista, Lenin consideró la necesidad de otro soplo de aliento y de respiro, con la introducción de la Nueva Política Económica, la NEP, que permitió cierta iniciativa privada y una tímida disminución del aparato coercitivo del Estado, o mejor del partido.

Dicho respiro vital, otra vez, y aún más agravado que el año 1918, el año 1921, período en el que se inicia la NEP hasta su fin en 1928, permitió el afianzamiento del estado bolchevique. La recuperación de energías vitales para poder siquiera ser y existir.

Y no es que Lenin, al introducir la NEP, hubiese sido poseído de la bondad de la economía de mercado, aunque entonces no se utilizaba todavía ese término. O que hubiese sido afectado por las necesidades del ex-primer ministro británico Lloyd George, que aseguraba que al contacto con la realidad se enfriarían los ardores revolucionarios de Lenin, y se convertiría poco menos que un socialista reivindicativo, y en el fondo posibilista.

Lenin, al igual que Bujarin, Zinoviev, Kamenev, Trostki, Preobrajenski, etc., o sea no sólo Stalin, que después sería el malvado oficial, consideró que el terror masivo no era una necesidad transitoria, sino un principio básico del comunismo. Pero el terror no debía ser sólo extendido hacia la clase odiada de la burguesía, o a la inteligencia, o los guardias blancos, o los aristócratas, todos enemigos de clase. No, el terror sería extendido también a los trabajadores, decretando la militarización del trabajo y el uso de la fuerza policial para que la población trabajase cuando y como decretase el partido. Según concepciones de Trotski y Bujarin, el socialismo sería un campo de trabajo a escala nacional.

El propio Bujarin, quien luego sería defensor de la NEP, insistía en aquella época sobre la necesidad de la más implacable dictadura política y económica del proletariado.

Frente a todos ellos —hemos visto no desde luego por humanidad ni por fervores parlamentarios y democráticos, sino por pragmatismo— Lenin impuso la NEP. Y podríamos seguir más adelante con nuevas tácticas leninistas en la historia del Estado soviético, desaparecido ya Lenin: con Stalin en la conclusión del

pacto germano-soviético con su archienemigo Hitler, representante del mal absoluto, no sólo para la propaganda comunista, sino para los Estados democráticos. O el abandono aparente de esencias del internacionalismo proletario en los momentos críticos de la invasión nazi, para volver a sustancias de la vieja Rusia.

O la coexistencia pacífica de Jruschov, o la colaboración de Breznev —otro malo oficial posteriormente— o el pregorbachovismo anticipado de su maestro Andropov, verdadero precursor de la *perestroika*, *glasnots* y *uskorenie*.

Educado, por tanto, en esa escuela, formada en las puras esencias del leninismo de los hijos de la élite soviética —aunque no en el grado más alto, pues debemos recordar que, debido precisamente a esa no pertenencia a lo más alto de la élite, pudieron deber los padres de Gorbachov no ser liquidados en las purgas estalinianas—, es lógico suponer con un mínimo de sentido común y sin ningún apasionamiento que «Gorby» fue educado plenamente, y con una concepción total de la existencia basada en el leninismo.

Lo contrario sería tan absurdo suponer como que el ex-presidente Reagan, o la señora Thatcher, en el fondo eran defensores de la colectivización a ultranza, o que el almirante Carrero era en lo más profundo de su ser un defensor del internacionalismo proletario. Sí, así de absurdo sería el suponer un Gorbachov niño y posteriormente jovencito, en el Moscú de Stalin, suspirando por la defensa de las minorías étnicas oprimidas, o por las ventajas del libre mercado.

Se ha dicho desde fuentes antigorbachovianas que fue miembro del KGB en sus años de juventud. Tal hecho no parece cierto ni comprobado. Al igual que sí lo fue el «liberal» Chevernadze, con su sangrienta represión georgiana, «Gorby» fue tan sólo algo que era obligado en la época, por la esencia misma del sistema y de partido. Un mero informador entre los estudiantes compañeros suyos en la facultad de derecho de Moscú. Pero al igual que eran solicitados sus servicios, lo era el de la inmensa mayoría de los jóvenes miembros del partido, a los que se alentaba para estar vigilantes y atentos, para delatar cualquier síntoma, por pequeño que fuese, de crítica. Algo que para una mentalidad no formada en el espíritu del hombre nuevo soviético resulta cuando menos chocante, pero algo tan consustancial al espíritu y al ser del *homo bolchevicus* como el comer o el dormir. Si Gorbachov, ahora liberal entre los liberales, cual ha sido presentado ante la opinión ignorante de Occidente, no hubiese procedido de esa forma, se habría convertido en un cuerpo extraño que forzosamente hubiera sido extirpado.

Gorbachov ha sido maestro en el campo de las relaciones públicas al más alto nivel, y ha sabido intoxicar perfectamente no sólo a los políticos democráticos, deseosos en su utopía de ver las cosas como ellos quisieran que fuesen, no en la realidad de las mismas. El uso de las palabras-clave en su lenguaje: *Perestroika* y *Glasnost*, y en menor medida *Uskorenie* —aceleración—, ha hecho que dichas palabras hayan superado, casi infinitamente, su significado propio.

A nadie habría entusiasmado oír *Perestroika* —reorganización o reestructuración— o *Glasnost* —transparencia o también publicidad—, si fuese mera transcripción de sus significados en ruso. Simplemente no habría despertado ningún entusiasmo; como no lo habría despertado en ningún cerebro normal, decir estructuralismo o motor trifásico.

El entusiasmo, la locura vino de identificar *Perestroika* y *Glasnost* con una de las palabras-clave de nuestro mundo; más bien casi la piedra angular de la existencia a finales del siglo XX: democratización. En su identificación con la democracia radicaba la magia de los nuevos conceptos gorbachovianos. Palabras entendidas no en su significado, sino como sinónimos de democracia y de ruptura, por tanto, con el sistema.

Las palabras-clave siempre tuvieron un enorme significado en las relaciones del sistema comunista con los países del sistema democrático. Así había que interpretar internacionalismo proletario, centralismo democrático, democracias populares, coexistencia pacífica, etc. Pero fueron más bien de interpretación obligada para los militantes de los partidos comunistas en las naciones «burguesas», o para los políticos del mismo signo, y desde luego de obligado cumplimiento en esas democracias «populares».

Mas los nuevos conceptos de Gorbachov rebasaron ampliísimamente los mismos. Lo que según numerosos testimonios solventes fue planteado por Andropov y por su «trust» de cerebros procedente no sólo del KGB, sino de los órganos del poder y de decisión, fue aprovechado al máximo por la habilidad y por la ambición gorbachoviana.

El hombre de impecable historial marxista-leninista, parecía modelo de libro, desde sus orígenes, se convirtió en el dirigente más popular, no en Rusia, sino en esas naciones occidentales antagonicas. Ningún dirigente de las mismas, con historiales perfectamente encajados también en los cánones partitocráticos —incluso con las normas casi inexorables de lavar platos en su juventud, o vender periódicos—, era tan ensalzado por la opinión pública como «Gorby».

Manifestaciones históricas en Gran Bretaña, Francia, particularmente en Alemania, y que llegan al ridículo aberrante en España, donde en su visita fue jaleado por sectores de población con un grito de moda, e importado de América y no español, como muchos que lo gritan e incultamente no lo saben: «Torero, torero». Moda esta de nuestra nación al igual que la de aplaudir en los entierros y actos de jaez parecido.

Era el ídolo para la mayoría de periodistas: unas cuantas plumas, siempre las mismas, pretendidamente formadoras de opinión, y cortadas por el mismo patrón de un progresismo que les condiciona a no ver nunca enemigo en la izquierda, pero sobre todo por el denominador común de la ignorancia, aunada con el atrevimiento, que les lleva a pontificar de todo aquello que desconocen.

Pocas veces se habrá dado un espectáculo semejante al ofrecido por los medios informativos españoles como el tratamiento dado a los sucesos del fracasado golpe en la Unión Soviética de agosto de 1991. Ignorancia supina, desinformación a cargo de pretendidos expertos, histeria propia de enfermos mentales, fueron varias de las características de esos días.

Mientras en las grandes cadenas de televisión de otras naciones, o en los grandes diarios internacionales se informaba de los hechos con parcialidad también evidente, se guardaban las formas elementales de tratamiento de las noticias. Y aunque el contenido fuese sesgado y unidireccional, al menos se evitaba la actitud vergonzosa de los presentadores españoles tomando partido por lo que ellos creían ser la verdad absoluta. En vez de informar no ya asépticamente, sino al menos con visos de imparcialidad, la toma de actitud era descarada hasta el apasionamiento más cerril. Una actitud de falta de madurez, de infantilismo vergonzoso en la mayoría de los casos. Gorbachov era presentado en aquellos días como la encarnación del bien. Se hablaba de la restauración de la normalidad democrática; como si hubiese existido alguna vez democracia en Rusia. Parecía que el golpe se hubiese producido en Suiza, y no en el reino de la autocracia. Después sería la demagogia propulista de Yeltsin, y luego quién sabe a quién se tributarán los elogios.

Gorbachov aportó un vocabulario nuevo y original, fuera de conceptos ya trillados y archimanidos. Según Branko Lazitch, uno de los primeros soviólogos mundiales, hay dos palabras que fueron promovidas por «Gorby», pero una y otra eran desconocidas en sus primeras obras, pero mantenidas y usadas con reiteración desde 1988. La primera es la adaptabilidad del término economía. Desde el referido año, a la existencia de la economía

socialista planificada se le sobrepuso el concepto de «economía de mercado».

La segunda fue la adaptación del concepto Europa. En vez de hablar solamente de la Europa socialista de un lado, y del capitalismo de otro, lanzó el «eslogan» de «la casa común europea». Gorbachov en su archipopular obra «Perestroika» presentó esta expresión como resultado de un estallido de un genio, comparable con Arquímedes cuando descubrió su principio. Gorbachov al hablar de la casa común europea producto de su genio, lanzó un nuevo «¡eureka!». Es otro nuevo Copérnico u otro nuevo Newton. Dejemos al mismo Gorby, que nos lo explique: «Esta metáfora se me ocurrió durante una de mis discusiones... yo tenía en mente después de mucho tiempo el descubrimiento de dicha fórmula. No me vino de golpe, sino después de profundas reflexiones...».

Sobre este concepto mágico, genial, maravilloso, según él mismo, de «la casa común europea», uno de los contados soviétólogos españoles, el profesor Francisco Félix Montiel, ha escrito recientemente con lucidez extraordinaria, que la «casa común» era una idea-trampa, y esa sospecha puede tener apropiado fundamento cuando vemos que esa idea-trampa conduce, como si el cambio de palabra no significara nada alarmante, a esta otra expresión que se enuncia como si quisiera decir lo mismo: la «casa común de la izquierda».

Los conocedores de la historia soviética como Montiel señalan que, en 1943, Stalin se disfraza de Gorbachov; lo que debería enseñarnos que detrás de cada Gorbachov, había siempre un Stalin escondido.

Gorbachov, por muy genio que sea como se nos presenta todos los días no en Rusia, sino en los «medios» occidentales, y por muy perfecto leninista, que sí lo es, estuvo sujeto también a las leyes de la realidad. Y si Stalin a pesar de su casi divinidad estaba sujeto a las cosechas y a la meteorología —menos dóciles que las estadísticas—, sobre Gorbachov ha actuado implacablemente la realidad.

La sociedad soviética se había convertido en un sistema anquilosado y esclerótico, pero que con sus limitaciones inherentes a tan gravísimos males, funcionaba. A su modo: con rendimientos laborales bajísimos, con la ausencia total de interés por la mejora de la productividad, en donde la población oía los mensajes propagandísticos clásicos del sistema con la indiferencia y el escepticismo total... Pero todo ello era una característica más de la vida cotidiana, y aunque sin esperanza casi alguna, el sistema marchaba. Con sus defectos, con sus desastres ecológicos, con el

desperdicio de energías, con el desinterés, pero con todo ello funcionaba a su modo.

El aparato dirigente del partido comunista tenía dificultades innegables para dirigir la Unión Soviética, pero hay que reconocer que en una sociedad en la que no existía la más mínima libertad de expresión y de comunicación, y con unos órganos de seguridad que representaban muchísimo más que sus homólogos occidentales —cada vez más desvaídos en esos países—, tampoco constituía una amenaza a corto plazo contra la estabilidad del sistema.

Precisamente el controlador de esos órganos, antes de ser elevado a la cumbre del régimen, Yuri Andropov, por esa colosal fuente de información no ya sobre aspectos policíacos, sino del órgano de seguridad, fue quien planteó la necesidad de salir del estancamiento, en que día a día se sumergía la sociedad y el estado soviéticos.

Los que basándonos no en impresiones subjetivas, sino en fuentes solventes y documentadas y aplicando la lógica del conocimiento sobre las actuaciones de los órganos rectores de la sociedad soviética, veíamos la realidad de la Unión Soviética tal como era, y no como la explicaban los corresponsales y luego lo veían los políticos, corríamos un riesgo. Y era el de que una vez más se nos pudiese acusar de paranoia obsesiva.

Recientemente Andrei Navrozov ha escrito un luminoso ensayo: «El orden venidero», glosado con fina percepción y conocimiento del tema por el escritor Valentí Puig, en el que sin paranoia alguna, sino con la fuerza de los hechos, insistía en la preparación por los «órganos» —el KGB— de la *perestroika* y la *glasnost*.

Una vez más hay que insistir en que el KGB tuvo muy poco que ver con sus homólogos occidentales. Trascendió de inmensa manera el papel de los mismos, y era más, muchísimo más que un servicio de inteligencia. Era un organismo ligado íntimamente, hasta el punto de fundirse en una simbiosis común con la praxis leninista.

Así, su «trust» de cerebros pensantes, bajo la dirección andropoviana habría pensado —truncada sólo en parte por la muerte de Andropov— lo que posteriormente sería achacado sólo a la «genialidad» y «liberalidad» de «Gorby».

Abundando en teorías expuestas por Zinoviev, Melnik, Heller, Lazitch, etc., o por Montiel en España, Navrozov afirmaba que la *perestroika* encarnaba un propósito cuidadosamente concebido por el KGB: reconvertir la debilidad económica de la Unión Soviética en una posición de ventaja frente a Occidente. Gorbachov, según Navrozov, ni necesitaba ni quería dinero. No había podido

aún gastar la inmensa suma de marcos que cobró a los alemanes como precio de la reunificación, aunque sólo haya sido de parte, y no de toda Alemania. Navrozov insistió en lo que quería Gorbachov a toda costa era tecnología. No bastaron los esfuerzos del directorio del KGB encargado de procurársela, ni de la comisión VPK, destinada a fijar y a obtener prioritarias necesidades.

Volviendo al escrito sobre Navrozov, dice que Andropov comentó que al emblema del KGB, un escudo y una espada, debería habersele añadido un símbolo, el de la electrónica.

Hemos escrito hasta la saciedad, aun a riesgo de ser acusados de obsesivos, que la «apertura» gorbachoviana fue heredera de Andropov, y planeada por los cerebros del KGB, que eran bastante más desconocidos que sus figuras públicas, como fueron Fedorchuk, Chebrikov, o el general Kriuchkov, su último jefe antes del golpe de agosto de 1991.

Mas a los «medias» occidentales y sus políticos —no se sabe quién aliena a quién— les repugnaba la idea de un «Gorby» sujeto a planeamientos anteriores.

Sin embargo, la etapa inmediatamente anterior, la época de Breznev, supuso la expansión máxima a escala mundial del marxismo-leninismo hasta límites nunca alcanzados.

Al acceder, tras el breve interregno de Chernenko, al poder Mijaíl Gorbachov, íntimamente ligado a su maestro Andropov, aunque ahora casi ni se hable del tema, comprendió por su posición desde hace años entre la élite del poder, que las dificultades del aparato del partido comunista eran cada vez mayores para dirigir la Unión Soviética, y sacarla del posible marasmo en que se hundía más y más.

La peculiar estructura del centro del poder en la Unión Soviética, el politburó y el secretariado, después del terror staliniano, estaba organizado de forma que el dirigente supremo, el secretario general del PCUS, fuese un «primus inter pares». Al que se le tributaban halagos, condecoraciones, toda clase de honores, incluso incipientes cultos a la personalidad. Pero se veía obligado a ejercer difíciles equilibrios entre facciones dentro del politburó y del secretariado, para poder llevar adelante cualquier proyecto susceptible de no agradar a los cabecillas de facción opuesta.

Nada de esos ridículos «halcones» y «palomas» con los que especulaban permanentemente los periodistas ignoros occidentales, aunque algunos de ellos tuviesen ya bastantes años para haber aprendido. Esos «halcones» y «palomas» eran útiles sí, para el aspecto exterior. Para que los dirigentes de los países democráticos apoyasen al líder soviético de turno, desde Stalin, hasta

Gorbachov, con el pretexto de siempre; el secretario general de turno, siempre era «paloma» y estaba enfrentado a los duros del partido y a los horrendos militares. Ogros que hacían estremecerse de miedo a los políticos y comentaristas europeos y yanquis.

Por eso siempre había que ceder, no fuese que cualquier actitud de dureza por parte de los países capitalistas fuese aprovechada para que los «duros» derrocasen al «liberal» secretario general de turno. Lo mismo daba que fuere Jruschov, o Breznev o Andropov; todos eran hombres abiertos, inclinados a los gustos occidentales, amigos de la tolerancia, comprensivos, etc.

Pero fuera de esa ridícula distinción, que a veces provocaba verdaderas carcajadas no simbólicas, sino estruendosas y reales, entre el aparato del partido, según pudimos ver por testimonios como los de Shevchenko, Levchenko o tantos otros pasados a Occidente, lo cierto era que el equilibrio de poder existía entre las diferentes facciones que componían el politburó y el secretariado.

Conflictos de poder por casos y situaciones concretas, además de las ambiciones, las inquinas, los odios y los rencores personales. Pues los dirigentes soviéticos eran seres humanos con sus debilidades y sus taras, y no los superhombres presentados por la propaganda, que trabajan veinticinco horas sobre veinticuatro, para hacer llegar al mundo los postulados científicos del marxismo-leninismo.

Gorbachov trató de introducir un sistema presidencialista, con poderes casi absolutos, que permitiesen desplazar al aparato dirigente del partido de ese papel rector y omnipresente, que por su misma esencia impedía tomar decisiones que rompiesen el aherrojamiento en que se debatía la escleroticada sociedad soviética.

Los poderes concedidos a Gorbachov, desde un punto de vista formal, fueron mucho mayores que los concedidos teóricamente a Stalin, y logró el abandono del papel dirigente del partido, y la sustitución por un sistema presidencialista. «Gorby» fue nombrado presidente de la Unión Soviética, y no presidente del Soviet Supremo. Tal como manifestaron soviétólogos eminentes, cual Michel Heller, en su obra «El séptimo secretario», o Pierre Lorrain, en «Est-Ouest», ya tenía las condiciones necesarias para desbloquear la máquina soviética de sus averías que la impedían el funcionamiento, y se podía lanzar a la reforma económica, y por decretos, de él emanados, controlar la Unión Soviética.

Pero la realidad se impuso, y tal como hemos manifestado en numerosas obras, y varias veces en estas páginas, en los problemas de esa sociedad donde con los más terribles sufrimientos

y crueldades se forzó la creación del hombre nuevo soviético, no bastaban esos decretos sobre el papel. Ni mucho menos el reforzamiento todavía mayor de los poderes concedidos a Gorbachov. Ni eran suficientes ni significaban sino una ironía sangrienta para el sufrido pueblo soviético, el elogio ya cansino y repetitivo, casi nauseabundo, de los políticos y comentaristas europeos y yanquis hacia el bueno de «Gorby». ¿Qué provocó, sino tristeza y hasta irritación entre los ciudadanos soviéticos, la concesión a Gorbachov del premio Nobel de la Paz?

Galarcón sí, desprestigiado y prostituido, entregado no por objetividad sino por voluntarismos oportunistas, pero ante la miseria y la pobreza del hombre medio en la Unión Soviética representaba una ironía sangrienta y abyecta.

Los mismos problemas, las mismas mentiras, las mismas falsificaciones, en planes de producción inexistentes, o sólo sobre el papel; las mismas falsificaciones en las toneladas-kilómetros remolcadas por los ferrocarriles soviéticos, y que eran producto sólo de la realidad de los burócratas deseosos de cumplir aunque fuese sobre el papel los objetivos marcados.

Mas siempre tuvo buena prensa, o mejor aún las tragaderas occidentales, que siempre fueron colosales por parte de gentes en absoluto comunistas, aun al contrario anticomunistas convencidos. Tenemos casos de destacados técnicos ferroviarios de indudable profesionalidad, que comentaban asombrados los tonelajes transportados por los ferrocarriles soviéticos, sin caer jamás en la cuenta, como ahora se sabe, de que eran burdas exageraciones, totalmente ficticias. Y si esto era en el caso de anticomunistas, nadie en los medios progresistas podía decir que eran falsas las cifras de producción de energía eléctrica, o de grano recolectado, etc. Cualquiera que atacase en la época de Jruschov, o de Breznev, o de Andropov —da lo mismo— la verosimilitud de la seguridad de las centrales nucleares, era acusado de reaccionario, cuando no del supremo calificativo de «fascista».

Aunque Gorbachov siguió aumentando sus prerrogativas, la terca realidad —frente a la que Lenin, decía: «lo siento por la realidad»—, se ha vuelto a imponer. Aunque la Ley fundamental sufriese un nuevo cambio en diciembre de 1990 en la que se contemplaba más todavía el crecimiento de sus poderes, los mismos problemas que se presentaban cuando su ascenso al poder seguían, y además agravados.

En una sociedad donde todo se encontraba casi reglamentado hasta en sus menores detalles, desde el trabajo hasta el ocio, y que precisamente por ello producía ese anquilosamiento de la mis-

ma, se introdujo el caos, el desconcierto. Unanse estos factores a la gravedad anterior y se tendrá el actual estado de la ex-Unión Soviética (hoy provisionalmente C.E.I., y durante un corto tiempo U.E.S.): la incertidumbre, la desconfianza total, y hasta el hambre física, motivada no por insuficiente producción, sino por ese caos organizativo.

Al no tener esa sombra coactiva presente amenazadoramente sobre esa burocracia, que mal que bien —mucho más lo primero— hacía funcionar el sistema con sus lacras y sus fallas, se produjo el sálvese quien pueda. Así vimos cómo se pudrían las patatas o el trigo, en regiones donde había sido buena su cosecha, por falta de transporte. Y mientras tanto en estaciones de clasificación, se agolpaban cientos y cientos de vagones inutilizados por su parálisis.

Pero en Occidente se olvidó, ese Occidente tan quisquilloso otras veces, que la legitimidad democrática de Gorby era cuando menos dudosa. Desde luego no era producto de las urnas, ni nunca fue sometido al sacrosanto veredicto de las mismas. Fue escogido por el partido no por los electores, y elegido por un parlamento *sui generis* —el congreso de los diputados del pueblo de la Unión Soviética—.

Los omnímodos poderes concedidos a Gorbachov no pudieron solucionar los males del sistema, pero sí por el contrario agravarlos. Con el peligro además de la disgregación, frente al que tan cautos se enfrentaron los políticos occidentales, deseosos de no añadir más problemas a los que acechaban a «Gorby», ni a echar más leña al fuego que podía consumir el marxismo-leninismo.

Es un hecho cierto que la Unión Soviética creada por Lenin —a pesar de los esfuerzos occidentales en evitarlo— ya es sólo un recuerdo del pasado. El esfuerzo comunista de una federación de repúblicas teóricamente soberanas, pero sometidas a una rusificación forzada no sólo en los aspectos económicos y políticos, sino en el idioma y la cultura, ha fracasado en cuanto la represión cedió siquiera un ápice.

La abundante literatura comunista tendente a demostrar que la Unión Soviética no era un imperio más, por tanto sujeto a los problemas inherentes a los mismos, ha demostrado, como en tantas cosas, su falacia. El hecho de que bajo un concepto nuevo de la sociedad y del hombre, como el marxismo-leninismo, ya no tenía objeto el sentimiento nacional, al ser éste un factor artificial propio de las clases explotadoras y alienante para el pueblo —los proletarios no tienen patria—, ha demostrado también su error. Y es que

en el fondo, a pesar de tantos años y tantísima propaganda alienante, el ser humano sigue firme en determinadas convicciones.

Se produjo una fractura entre las dos repúblicas no eslavas anexionadas por la fuerza durante la revolución: Georgia y Armenia, o en 1940, las otras cuatro tampoco eslavas: Estonia, Lituania, Moldavia y Letonia, con las partes de la Unión Soviética que procedían de la expansión histórica de Rusia, desde el siglo XVII: Siberia y las repúblicas musulmanas. La escisión de Ucrania y Bielorrusia dio ya la puntilla a la ex-URSS.

A pesar de sus esfuerzos, la ambición cesarista de Gorbachov se estrelló contra la realidad. Su poder procedía de un pasado que parecía cada vez más difícil de sostener. Y es que la Unión Soviética «tradicional» estaba amenazada de desvanecimiento, por un sentido popular ansioso no de una democracia partitocrática, pues la inmensa mayoría de la población ni la conocía ni la añoraba, pues nunca la ha conocido, sino de liberación de un sistema antihumano. Arrojar por la borda el partido comunista y su dictadura total, aunque no supiese lo que el porvenir le deparaba.

Gorbachov recurrió en sus últimos tiempos antes de los sucesos de agosto de 1991 a medidas nada democráticas ni liberales como se obstinaban en ver la mayoría de los políticos y los medios informativos occidentales, sino a un puro leninismo del que era alumno aventajadísimo y, por tanto, maestro del oportunismo más descarado. Pero llevando a determinados límites que sobrepasaba incluso todo lo aprendido se corría el peligro de despeñarse junto con el sistema.

La escena de Gorbachov, aclamado como héroe en Occidente, vilipendiado y zaherido en el pseudo parlamento soviético recuerda el cuadro de un humillado Luis XVI contemporizador en Versalles, poniéndose el gorro frigio en una escena de indignidad histórica, mientras la nueva figura revolucionaria de Yeltsin, más que los Chevernadze o Yakovlev, pueden ser los nuevos Mirabeau, destinados históricamente a ser trascendidos por los Danton y Marat del futuro, todavía hoy desconocidos.

Gorbachov estuvo hasta su última molécula impregnado de leninismo y, por tanto, insistentísimo, de oportunismo, y pensaba que se debería ceder en todo lo que fuese necesario para salvar lo esencial. Pasada la tormenta, como ocurrió en 1917, en 1918, en 1921, y en 1941, podía volver la calma y la vuelta a los viejos y nuevos métodos.

En los últimos meses antes de los sucesos de agosto de 1991, toleró situaciones como la del cambio de nombres de ciudades que nos hacía recordar la España inmediatamente posterior a la

muerte de Franco con el baile del nomenclátor callejero. Desde el cambio del casi sagrado nombre de Lenin en Leningrado, para volver a ser San Petersburgo, vimos cómo la ciudad de Andropov recuperó su nombre de Rybinsk. Brevnez pasó a Naberejnie Tchelny. Gorki a su tradicional Nijni-Novgorod. Kalinia a Tver. Samara, tan cargada de leninismo, recuperó su nombre y dejó de ser Kuibichev. Fruanze volvió a Picpek. Sverdlov —donde fue asesinada la familia imperial— retornó a ser Ekaterinenburgo. Simbirsk, donde nació Lenin, dejó de ser Ulianov. Kirov, Vyaka, Maiákovski, Bagdadi, etc.

La Unión Soviética fundada por Lenin en 1922, ha pasado a ser un recuerdo del pasado. El caos y desorganización de la reglamentada Unión Soviética trae a la memoria la descomposición de Rusia durante 1917.

¿Permitirán los restos del ultrapoderoso Partido Comunista de la Unión Soviética, y de los servicios de inteligencia y de seguridad la descomposición total del sistema? ¿Consentirán en que el sueño de Lenin de un hombre nuevo pasando por encima de la realidad desaparezca en el desván de la historia?

Resulta extraño visto el poder histórico de tales fuerzas y su capacidad en la intriga y en la violencia, el que descarten totalmente el recurso a la violencia para no permitir que el sistema se extinga. Si así lo hiciesen sería de suponer que con mayor éxito que en agosto de 1991.

El que ya parece irremediable fracaso del socialismo en el Oeste, pone además de relieve la estupidez congénita de numerosos progresistas de izquierdas, tanto Occidente como particularmente en España. Ahora esos profesores universitarios, escritores, periodistas, dicen que lo que se está hundiendo en la Unión Soviética no era el verdadero socialismo. Según ellos tampoco lo era el de la revolución cultural China, ni el de Camboya, ni el de Cuba, ni el de los países del Este de Europa. En ningún sitio se ha producido para esas mentes el verdadero socialismo.

Se pone de relieve que en los lugares donde el socialismo triunfó éste no era tal, sino una prostitución del mismo. ¿Dónde estaba entonces ese verdadero socialismo? Sin duda no existía en la práctica. Sino en su mente y en sus deseos. Por tanto sólo en la utopía.

La justicia histórica y el respeto a los millones de víctimas exigirían un nuevo juicio de Nuremberg del comunismo. Pero a diferencia de aquél, éste no se producirá, pues son demasiados los compañeros de viaje comprometidos por muchos malabarismos que quieran hacer. No sólo los ya muertos que fueron cóm-

glicos, los Sartre, Gide, Russell, Shaw, Barbusse, etc., sino sobre todo los vivos: los Alberti y compañeros, que callan y mienten ante el colosal fiasco.

II. EL MARXISMO MUERE EN EL ESTE PORQUE SE HA REALIZADO EN EL OESTE

Tal es el título del último escrito antes de su muerte del intelectual italiano Augusto del Noce, especie de testamento político cuyo título, sorprendente en verdad, pero que hace reflexionar profundamente sobre lo que constituye una sorpresa ante lo que, sin embargo, es evidente.

Hemos visto que el marxismo-leninismo puede estar muerto en el Este; también que 1989-1991 ha supuesto un acontecimiento, o mejor una serie de acontecimientos que algunas plumas ilustres juzgan de una repercusión comparable a la de 1789-1792. Los países del Este, esclavizados no por la fuerza de la razón de un pseudocientificismo marxista-leninista, sino por la razón de la fuerza del Ejército Rojo, se precipitaron en su mayoría hacia el fin de ese sistema, y hacia la búsqueda de la libertad. De la libertad como concepto básico para el ser humano, no hacia la partitocracia como bien supremo. Han sido muchos años de sufrimiento sin tasa, para cifrar el ansia de libertad y de esperanza de los individuos y los pueblos en la alicorta visión ramplona y mísera del parlamentarismo y los partidos, cual si fuesen ellos la personificación del paraíso en la tierra.

Los que creen como Fukuyama, que la humanidad, con la aceptación universal de la democracia, ha llegado a su estado definitivo.

En su presumible último escrito, Del Noce considera que no hay tal victoria total de la democracia, de la libertad —y por qué no del consumismo, bien excelso y adorado de nuestra época—. Dejando su fiasco, quién sabe si temporal tan sólo en el Este, en el Oeste, el marxismo se ha realizado plenamente, pero desmintiendo sus premisas y sus promesas.

En el prólogo al libro de Marcelo Veneziani «Proceso a Occidente. La sociedad global y sus enemigos», considera Del Noce la crisis del marxismo en el Este, y su fuerza en Occidente desde una perspectiva casi inédita, y desde luego lúcida, brillante y sólidamente argumentada.

Para Del Noce, el marxismo no ha explotado, no ha exprimido hasta sus últimas consecuencias la alternativa radical entre la

tesis representada por el capitalismo y la antítesis representada por el proletariado, no ha logrado la creación de una humanidad nueva.

Por el contrario, ha representado históricamente la transición entre un estado de la burguesía y otro estado, el estado ulterior y definitivo. Marcello Veneziani en su importante libro señala, siempre según el prólogo de Del Noce, que «se ha vuelto al argumento ontológico de San Anselmo, en función del cual el occidentalismo actual se presentaría como el *id quo majus cogitari nequit*», aquello sobre lo que no se puede pensar nada más grande; y ha evocado también ciertos representantes del nuevo liberalismo, descosos de demostrar el carácter irremontable del estado alcanzado hoy día por la sociedad burguesa, concebida como estado último.

Hasta aquí las clarividentes citas póstumas de Del Noce. ¿Y es que no responde el utopismo de Fukuyama a esas mismas ideas? ¿No vemos a diario de forma machacona y reiterativa hasta la asfixia cómo la gran fuerza alienante de nuestra época, los medios de comunicación, consideran sin citarlo, pues sería pedir peras al olmo —esperar encima reflexión de donde sólo hay tópicos y lugares comunes—, el sistema imperante de la democracia partitocrática como el fin último a que debe aspirar toda sociedad? Que no llega al estado perfecto hasta que se convocan elecciones y los diferentes partidos prometen torrentes de realizaciones cuando alcancen el poder o lo consoliden, descalificando a los oponentes con argumentaciones generalmente no producto del intelecto, sino de la escatología más vulgar.

Se podrá calificar a tal política como tal o cual partido, pero que no se ose tan siquiera disentir del sistema, cuando el mal está en el mismo, y no en las personas o partidos. Se nos hablará mil veces por sus exégetas de «las grandezas y la servidumbre de la democracia». Todo, absolutamente todo conducirá a que el hombre ha encontrado por fin su paraíso prometido en la tierra. ¿Y es que el marxismo no tiene en sus postulados básicos esa consecución de la felicidad humana, una vez destruidas las alienaciones que se oponían a la misma?

El marxismo, y volvemos a Del Noce, ha conseguido la cultura del paso de la sociedad cristiano-burguesa a la sociedad burguesa pura. «Se podría decir que el marxismo ha encarnado la transición hacia lo peor, en ese sentido de que gracias a él la sociedad burguesa ha perdido todo el sentido moral y religioso que le quedaba, liberándose de todas las escorias que la ligaban todavía a la sociedad tradicional, y representándose así como ma-

terialismo y laicismo cumplidos». El Occidente ha realizado todo el marxismo salvo la esperanza mesiánica.

Y para Veneziani, «el socialismo no ha heredado la sociedad capitalista, pero ha quedado englobado, envuelto en el capitalismo mismo; bajo numerosos aspectos ha sido la estación intermedia en el viaje desde el capitalismo hacia el neocapitalismo». La sociedad occidental ha realizado la esencia del marxismo». «El ateísmo radical y el materialismo, el internacionalismo... el primado de la praxis y la muerte de la filosofía, la dominación de la producción y la manipulación universal de la naturaleza, el faustismo tecnológico y la igualdad que se efectúa a través de la homogeneización».

Esclarecedores los textos de Veneziani, y las conclusiones de Del Noce que nos permiten afrontar la realidad desde una perspectiva nítida, en la que vemos la simbiosis existente entre el poderoso liberalismo mundialista que incorpora las enseñanzas del marxismo, pero presentando una imagen más aséptica, arrojando del mismo todo aquello que podía presentarse como profético, solidario, etc.

El Occidente actual, no el antiguo término de la civilización cristiana y occidental, sino lo que un pensador ruso ha llamado con toda justeza la civilización pagana y occidental, ha realizado la secularización plena del marxismo, desprovoyéndole de lo que tenía de esperanza para algunos, de futuro inconcreto, consiguiendo su perfecta realización. Para Del Noce es el capitalismo el que ha absorbido el comunismo, sirviéndose del mismo para destruir la sacralidad religiosa y la sacralidad nacional, logrando, así, un objetivo que nunca habría podido alcanzar de otra manera. «Es lo que del marxismo, y del socialismo en general ha quedado sin experimentar no realizado y traicionado en la sociedad burguesa y occidental, es precisamente lo que el socialismo tenía de grande: la denuncia de la alienación, y la esperanza, religiosa a su manera, de sobrepasar la alienación... la desaparición de la religión ha coincidido con la deificación del hombre. Así se ha verificado exactamente lo contrario de lo que había predicho el pensamiento materialista: el eclipse de la religión no ha producido el fin de la alienación, sino su extensión... la denuncia marxista de la alienación aparece no solamente eludida por la sociedad occidental, sino totalmente ignorada, al punto de que la alienación se realiza al grado supremo».

Del Noce reflexiona sobre los sucesos revolucionarios a los que llama la Contestación de 1968, considerados no como un intento de destruir el capitalismo, sino como una revolución intra-

burguesa, que marcó el paso de un viejo estado burgués a un estado nuevo. Profundo significado y afirmación trascendente. Personajes tan distintos ideológicamente como Pasolini y Vencziani coinciden en esa interpretación: Pasolini decía que la Contestación de 1968 ayudó prácticamente al nuevo poder a destruir los valores de los que el poder neocapitalista quería liberarse: la tradición, el sentido religioso, el sentido de la autenticidad, de misterio, la ligazón orgánica con una comunidad de hombres y de valores.

Vencziani en su libro ya citado dice que «cuando los jóvenes se liberan de la superestructura ideológica y política de tipo revolucionario que habían adoptado, se convierten en agentes y funcionarios de ese utilitarismo consumista y burgués que ha caracterizado los años 80».

Asimismo, señala el declive de la Contestación donde su error ha consistido en identificar los valores tradicionales con el sistema capitalista, cuando éste era un enemigo más implacable. De este modo la Contestación ha contribuido a arrasar no los apoyos y las alianzas del capitalismo, sino los últimos obstáculos que se oponían al sistema capitalista.

III. ¿CONVERGENCIA ENTRE LOS DOS SISTEMAS?

Más que una simbiosis entre ambos sistemas, más que de un sistema híbrido o mixto, de un nuevo término medio que no sería capitalismo ni marxismo en donde las diferencias se nivelarían. La similitud, pues hemos podido ver cómo el capitalismo ha realizado la esencia del marxismo. Este ha sido en gran parte absorbido por el primero.

Lenin en su obra «El imperialismo, fase superior del capitalismo» analizó el papel de los trusts — nombre habitual de la literatura de la época, aunque hoy caído en desuso — y de las grandes sociedades tendentes a una omnipotencia monopolista. Todos los comentaristas marxistas-leninistas posteriores criticaban la economía capitalista como tendente de forma inexorable a ese poder omnímodo de los monopolios. Acusaban a los políticos y economistas burgueses de contradicción entre la fuerza real de esos monopolios y la concurrencia como premisa básica del capitalismo, de la que hoy no sólo en Occidente, sino Gorbachov, denominan «economía de mercado».

Lo cierto ha sido el incremento de los monopolios, en la época leninista aún no se conocía el apelativo de «multinacionales».

Ha sido un hecho, y es que su expansión, y la absorción de productos importantísimos de todo tipo, desde la automoción, a las finanzas y a la banca, pasando por la alimentación, a la industria de todo tipo, está llevando a un casi monopolismo en las diferentes ramas de la economía.

Esa libre concurrencia de la que tanto hablan los defensores del capitalismo, y que ha de beneficiar al consumidor, se esfuma, y se cambia dicha libre concurrencia por la confabulación entre esos poderes. Se promueven a primer plano las diferencias entre ellos, entre esos poderes que más que monopolio en el estado actual de cosas, podría aplicárseles el calificativo de oligopolios. Bajo el pretexto tantas veces artero del tamaño en relación con la eficacia, los grandes grupos capitalistas a lo que aspiran y consiguen muchas veces es a aumentar sus superbeneficios, aun llenándose la boca de conceptos de economía de mercado.

Cuando una de las grandes multinacionales, generalmente las mayores de las mismas, en el campo que sea establecen precios más altos, las otras suelen verse obligadas a seguir sus pasos, fijando los precios de un modo similar al que lo habría hecho un solo suministrador, un monopolio; importándoles en el fondo un bledo los consumidores.

Pero los mismos gobiernos, en casos como el español, y permítasenos bajar un momento a problemas concretos españoles, fomentan de forma enloquecedora la concentración del poder en cada vez menos manos. A diferencia de los Estados Unidos, o de Gran Bretaña, o de Alemania, etc., donde la industria, y otros medios financieros controlan los bancos, en España se da un casi atípico en Occidente y es el que el poder esté concentrado en los bancos, quienes con los que controlan la industria y el casi conjunto de la economía. Hágase la prueba y al igual que en Italia conoce la opinión pública a los dirigentes de la Fiat, o de Montecatini, o en los Estados Unidos a los directivos del automóvil o de la industria petrolífera o química, o en Alemania a los grandes constructores eléctricos o siderúrgicos, o en Japón a los propietarios de las Mitsubishi o de la Sanyo, o de Toyota, etc., en España, a nivel popular, nos referimos, sólo conoce la gente vulgar, al presidente del Banesto, o al del BBV, o del Central, etc.

Pues bien, desde el gobierno, y desde las tribunas más conocidas del periodismo económico, y en todas las declaraciones de casi cuantas conferencias públicas se realicen por autotitulados empresarios, pues suelen ser *managers* y gerentes, llamarán la necesidad de concentración de empresas. Esto se ha convertido ya en

topicazo de tamaño descomunal. Algunas voces económicas han respondido que el aumento de tamaño por sí, que el crecimiento como fin en sí mismo no constituye ninguna garantía de éxito, ni de eficacia.

Así hemos podido ver cómo bancos que por separado eran simplemente corrientes, al fusionarse se convirtieron en malos. Y si tratamos de fusionar dos empresas mal gerenciadas, la lógica nos indica que de la fusión saldrá una peor.

Salvada esta breve digresión española —donde los defectos aumentan en proporción enorme— el capitalismo está conduciendo a una concentración verdaderamente casi aplastante de la producción social en unas cuantas empresas de primera y primerísima categoría. Y resulta entonces innegable que se llegará al incremento de la socialización.

Si volviésemos a España, un gobierno socialista, de inequívoca inspiración marxista en tantos de sus componentes, por ellos mismos manifestada y puesta en práctica en tantos hechos, veríamos cómo, sin embargo, se produce una convergencia total con el capitalismo multinacional más feroz. Numerosas empresas pequeñas y medianas se arruinan, quiebran o sencillamente dejan de existir, absorbidas por concurrentes sumamente fuertes. Mas no sólo las empresas pequeñas, sino incluso son absorbidas las grandes empresas, disfrazadas, la mayoría de las veces, de fusión o de alianza, o de cualquier otro eufemismo.

Los monopolios poderosos, esos oligopolios, absorben, se tragan a sus rivales más débiles, y luchan entre sí ferozmente para apoderarse de las firmas que antes eran independientes. Esas numerosas firmas, medianas y pequeñas, en las que los bolcheviques en su literatura revolucionaria flagelaban a sus dueños, acusándoles de capitalistas, constituían, sin embargo, el freno a la implantación total del poder salvaje del capitalismo oligopolista.

Eran el dique precisamente frente a ese capitalismo. El error consistía en identificar la pequeña propiedad con el sistema capitalista, cuando ésta era su adversario más feroz.

Raymond Aron, en su famosa obra «Dieciocho conferencias sobre la sociedad industrial» pronosticaba la aproximación entre ambos sistemas. Mas desde un punto de vista que no se ha confirmado. Para Aron cuando ambos tipos de sociedad, la capitalista y la comunista llegasen a tener un mismo nivel de vida, ambas sociedades, que vivirían igualmente, tendrían la misma organización.

La realidad ha desmentido las tesis de Aron al menos en parte, pues las diferencias de nivel de vida entre ambas sociedades lejos de aproximarse se agigantaron. Tampoco acertó en sus pre-

dicciones cuando dedujo que ambos sistemas llegarían a un mismo objetivo, haciéndose el capitalismo más socializante y el socialismo más liberal. Nada de esto último se produjo en los países del Este, pero sí en los partidos socialistas occidentales, donde sus cúpulas dirigentes se han entregado de forma creciente a conceptos capitalistas, so pretextos de eficacia. Manteniendo en muchos casos actitudes tan proclives a un capitalismo brutal con detrimento total de los consumidores, que las tímidas y vergonzantes opciones políticas centristas —nadie quiere calificarse como derechista, huyendo como de la peste de ese concepto— nunca se habrían atrevido a poner en marcha.

Se ha producido una innegable desideologización en las fuerzas marxistas del Oeste, conservando el marxismo en todo su vigor en la destrucción de los valores clásicos, ya sean religiosos, familiares, patrióticos, pero desideologizándolo en lo que tenía de «grande», de ilusión colectiva, aunque fuese equivocada, para amplísimos sectores de la humanidad.

Apartado de lo que supiese un cambio por la fuerza, por la denuncia de una sociedad antagonica a la que había que destruir. Una esperanza que podría denominarse «religiosa» ante un nuevo futuro y nuevo hombre y una nueva sociedad. No podría imaginarse sin esa mística revolucionaria a los combatientes bolcheviques de todo el mundo, en los años 20 y 30 de nuestro siglo, entregados con un ardor y un fervor tal a su causa, que anulaban su personalidad en servicio del partido. Entregando su vida incluso, algo que nadie haría en la decadente sociedad burguesa entregada al parlamentarismo y la democracia.

Si no hubiese habido ese misticismo exacerbado, ¿cómo sería posible que ante los crímenes stalinianos —no olvidemos que Stalin ejecutó más comunistas que ningún régimen fascista— o las farsas monstruosas de los procesos de Moscú, no se produjesen, salvo excepciones como las de Koetsler, Orwel y otras, una deserción masiva, un desfondamiento total de los seguidores del marxismo?

¿De qué otra forma puede comprenderse si no por esa mística revolucionaria exaltada hasta el paroxismo, que un Trotski, pudiendo haber jugado cartas decisivas contra Stalin, dando a conocer públicamente el testamento de Lenin, no lo hiciese? Y callase, convencido de que su publicación originaría un mal para el partido. O los condenados en los procesos de 1936-37 y 38 en Moscú, acusados —ellos bolcheviques fanáticos— de ser agentes del imperialismo británico, o de Hitler, o de los Estados Unidos.

Y lo aceptasen con resignación, convencidos de que con su sacrificio rendían un último tributo a la causa del marxismo.

Lo que pudo tener a pesar de sus crímenes, de grande y de heroico el marxismo, ha sido depurado con la crisis del Este, pero los defectos del marxismo en la alienación de la sociedad fueron recogidos y llevados a sus últimas consecuencias por el capitalismo.

A pesar de las críticas en la era de Jruschof y de Breznev, al capitalismo como defensor de las teorías del malthusianismo, como infundadas y anticientíficas, lo cierto es que los marxistas de hoy, tanto en el Oeste como en el Este, han caído en la coincidencia abierta con los defensores capitalistas del malthusianismo.

La lucha contra la explosión demográfica y el considerar el problema demográfico como uno de los problemas-clave de la humanidad a finales del siglo XXI, en un concepto propio de la sociedad capitalista ha englobado hoy a los socialistas íntimamente.

El paso de la burguesía, incluso de la pequeña burguesía en lenguaje marxista, al campo de las izquierdas, aunque lentamente, y sin saberlo a veces ellos mismos se ha producido. Aún de forma irregular, no siempre con igual rapidez en todas partes.

Un publicista soviético, Semión Ruvstovski, conocido miembro de los «órganos» de la Unión Soviética, miembro eficaz de la desinformación en el seno del Comité para la Seguridad del Estado, que durante casi cuarenta años ha sido conocido en Occidente por su pseudónimo Ernst Henry, señalaba en una de sus obras «Socialistas y comunistas, ¿pueden marchar juntos?», la posibilidad de una comunidad de interés entre ambos.

Aun separando las dosis obligatorias de propaganda y de manipulación en un momento dado tendente a ensanchar la brecha entre socialistas que desconfiaban del comunismo, y otros más proclives a entenderse, con la natural proclividad a los intereses defendidos por Henry, ya se apreciaba una aproximación entre intereses comunes.

Naturalmente Ernst Henry habría negado, acusado de agente de la CIA, o cualquier otra descalificación similar, al que hubiese sostenido eso públicamente, pero los hechos, tertos como ellos solos, han demostrado que en la pugna mantenida entre marxistas, aunque unos fuesen leninistas y otros socialdemócratas, la penetración en lo más íntimo del tejido la sociedad occidental ha dado la razón a Kautsky y no a Lenin.

IV. LA CAUSAS. LA ESCUELA DE FRANCFORT Y LA SOCIEDAD OCCIDENTAL

En cuantas ocasiones se han presentado, hemos sostenido que sin el pragmatismo de Lenin y su llegada al poder y su afianzamiento y posterior expansión, Marx sería sólo conocido de los estudiosos de filosofía, de la ciencia o de la historia. Desde luego nunca su nombre habría alcanzado esa proyección universal.

Sin Lenin, Marx sería tan poco conocido en la sociedad actual como lo son Bakunin, Proudhon, Blanqui u Owen. Y desmitificando a Marx, quien necesita como pocas figuras en la historia dosis gigantescas de desmitificación, vemos que su influencia a finales, o mejor en el último cuarto del siglo XIX, sobre jóvenes revolucionarios socialistas, y, sobre todo, Lenin, puede no haber sido debida tanto a su obra filosófica, sino al modo de presentar sus ideas.

Paul Johnson en su enormemente desmitificadora obra «*Intelectuales*», lo califica acertadamente de escritor escatológico del principio al fin, y ciertamente su visión del juicio final de la burguesía tiene una versión poética sensacionalista a la vez que artística, mucho más que científica.

Según el citado autor es el elemento poético el que confiere a la proyección histórica de Marx su carácter dramático y su fascinación para los lectores radicales que pudieran creer que el fin y el juicio del capitalismo están por llegar. Marx se perdía por las frases, que reforzaban hasta un grado enorme sus argumentos, y con una cualidad muy particular y muy difícil, retenía las frases de los demás y los usaba en el lugar y hora precisos. Daba así a las argumentaciones una violencia terrible.

Para Johnson, ningún autor político ha superado las tres últimas oraciones del «*Manifiesto*»: «*Los trabajadores no tienen nada que perder salvo sus cadenas. Tienen un mundo por ganar. ¡Trabajadores del mundo, uníos!*». No le falta razón a Johnson cuando afirma que fue por su olfato de periodista para la oración breve, concisa, mucho más que por cualquier otra cosa, por lo que toda su filosofía se salvó del olvido en el último cuarto del siglo XIX.

Pero al igual que Lenin, el marxismo no fue seguido cual un texto normativo y rígido, sino adaptándolo a situaciones históricas y hechos concretos. Los miembros de la Escuela de Frankfurt, en 1924 aún entusiasmados con el triunfo leninista reciente, tampoco consideraron al marxismo como la normativa fija a la que

había que ajustarse, sino un punto de partida y una base para el estudio y la crítica contra la cultura existente.

A diferencia de los movimientos comunistas fielmente dependientes de la política impuesta por el partido comunista de la Unión Soviética, los miembros de la escuela de Francfort no se subordinaron siempre a la política del partido, ni a sus inspiraciones o a sus normas.

Frente al practicismo leninista, defendieron la importancia y la autonomía de la teoría y se opusieron a su absorción por la omnipresente y casi asfixiante praxis, aunque siempre con el objetivo de cambiar la sociedad.

Los componentes de la Escuela de Francfort, de los que ni sin ser mucho menos exhaustivos, hemos de citar a su primitivo motor, Pollok, el primero en transformar la reunión de estudiosos amigos en un Instituto permanente. A Max Horkheimer, Theodor Wiesegund Adorno, más conocido por el apellido materno Adorno —para no dar la sensación de un grupo donde todos fuesen judíos—, Karl Wittfogel, Richard Sorge —conocido posteriormente por ser una de las figuras claves del espionaje soviético— Leo Lowenthal, Herbert Marcuse, Walter Benjamin, Henrik Grossman, Erich Fromm, etc.

Pero si Lenin, muerto en 1924, triunfa con su simbiosis de marxismo y del despotismo ruso, en la convulsa y atormentada Rusia, nos encontramos en Europa con la figura de Gramsci —contemporáneo de la Escuela de Francfort—, y destinado junto con las ideas de sus miembros a ejercer un papel más fundamental aún que el de Lenin en la sociedad burguesa de su época y posterior.

La aportación gramsciana a la conquista ideológica, no sólo física de la sociedad civil puede ser su característica más sobresaliente y su mayor originalidad. No se trata de la conquista del estado al modo trotskista en la sociedad rusa, sino de la hegemonía total sobre esa misma sociedad.

Sin atacar nunca a Lenin, de cuya persona y obra se mostró tremendamente respetuoso, sí discrepaba de su definición del partido como grupo revolucionario profesional, lo que conduce al elitismo, y considera que el triunfo sólo sería posible en una sociedad que llegue al convencimiento de todos sus integrantes y no sólo de la élite.

Salvo en esa reconocida admisión de Lenin como personalidad superior en la aplicación práctica del marxismo, que Gramsci reconoce, aun discrepando en aspectos, la esencia de la Escuela de Francfort presenta coincidencias evidentes con Gramsci. Al

igual que él, tampoco ve el marxismo como la norma fija y de necesaria aplicación en cada momento, sino que lo considera válido como punto de origen, y válido y útil para la crítica de la sociedad.

La Escuela de Francfort no fue leninista, y aun simpatizando con la Unión Soviética, sostenía una crítica del marxismo oficial staliniano. Consideraba que el socialismo sería el sistema inevitable hacia el futuro, pero rechazaba la ortodoxia y la apologética de Stalin. Intérprete y pontífice indiscutido e indiscutible del dogma oficial.

A diferencia del comunismo ortodoxo en la Unión Soviética con su hiperexaltación del aumento de la industria pesada y de la producción con los planes quinquenales, y con el desarrollo de la ciencia y la tecnología, al precio que fuese, el pensamiento de los componentes de la Escuela de Francfort era de rechazo hacia ese progreso de la ciencia sin más. Para ellos la humanidad se encuentra amenazada por el crecimiento de la tecnología y la ciencia a la que se acusa de indiferencia respecto al mundo de los valores.

Se oponen a que la tecnología desemboque en una tecnocracia que llevará, según ellos, a una sociedad totalmente alienada y donde sus miembros estarán manipulados y controlados destruyéndose su personalidad y su cultura.

Una visión muy distinta del crecimiento tecnológico impulsado por el marxismo-leninismo oficial de la ex-Unión Soviética desde Stalin hasta su caída y disolución, pero que hace comprender cómo ha afectado fundamentalmente a la sociedad occidental. Al igual que Gramsci realiza sus planteamientos teóricos en Occidente adaptando su pensamiento y la acción consiguiente a una sociedad tan distinta de la sociedad rusa donde el Estado lo era casi todo, y la sociedad casi nada, los miembros de la Escuela de Francfort siembran su cosecha, y con qué éxito, en esa misma sociedad occidental, que nada tenía que ver con el gigantismo de los planes quinquenales y la edificación del socialismo.

Presentan características que si hubiese que ajustar a un marxismo escolástico serían heréticas, como el discrepar de las tesis marxianas de identificación entre el trabajo y la perfección de la humanidad. La Escuela de Francfort a través de Marcuse, Adorno, Horkhimer, etc., considera que la humanidad tiene derecho a la felicidad total, sin perjuicios ni sujeciones de ningún tipo.

Como declamos, la siembra de sus doctrinas en esa sociedad occidental ha constituido hoy un éxito cierto. Mientras se produce en el Este una crisis que tal vez ha sumergido al leninismo

en una voráGINE, vemos la identidad de los planteamientos ecologistas a ultranza que condicionan gobiernos y regímenes, con su oposición feroz a la tecnología, y a ese mismo progreso técnico cantado por los marxistas antañones.

Vemos ese afán de la libertad absoluta sin cortapisas de ningún tipo, el permisivismo convertido en la característica fundamental de nuestra época. El permisivismo total y sin límites: en el ocio, en lo sexual, en las costumbres, en la vestimenta..., en todo lo que observamos a diario.

No es la libertad presentada al estilo de los demócratas liberales herederos de los prejuicios de la burguesía ilustrada con arreglo a los cánones del XVIII, con su afán de progreso, pero con ciertas, aunque sean mínimas, cortapisas al comportamiento. Es la permisividad convertida en el nuevo ídolo que ha de sustituir a la diosa razón en nuestros días.

Es Marcuse llegando con sus efectos a la sociedad de hoy, aunque gran parte de esa misma sociedad lo desconozca. La liberación de todas las represiones, una vez superada esa sociedad tecnológica tan cara al marxista-leninista, como al yanqui utópico seguidor de Jefferson. El odio al incremento tecnológico que impulsa nuevas industrias, y la adoración ciega al ecologismo. El odio al superdesarrollo, a uno de sus exponentes considerados en la sociedad industrial como símbolo del progreso: el automóvil, uno de los enemigos mayores de los movimientos verdes.

Todos esos avances tecnológicos conducen, según la esencia de la Escuela de Francfort a la dictadura de la tecnocracia. Hay que destruir ese materialismo, símbolo máximo del progresismo de antaño. Diferencia fundamental con la ortodoxia soviética o con la burguesía y el capitalismo que hacen posible con su desarrollo los modernos Estados Unidos.

El hombre desalienado debe luchar contra esa sociedad represiva, en busca de la utopía, a la que uno de los más lúcidos pensadores hoy, el profesor Thomas Molnar, ha considerado acertadamente como el gran mal de nuestra época. Esa utopía que nos hace pensar, a través de los apologistas, muchas veces sin saberlo ellos mismos, de la Escuela de Francfort, en la vuelta al noble salvaje roussonian. A ese «hombre» que nunca existió. Pensadores marxistas que recorren el camino inverso, pasando, no desde la revolución democrática y los derechos del hombre, a Marx y posteriormente a Lenin, sino desde el marxismo superador de esa filosofía añeja liberal dieciochesca, de vuelta de Lenin, y de Marx, a Rousseau.

La postura antirreligiosa de un neomarxista como Bloch,

sufre también una evolución parecida, pues pasa de la negación total de la religión de Marx al «reino de Dios, sin Dios». Vuelve como acertadamente se ha dicho, de Marx a Feuerbach. Con su reconocida autoridad, Teófilo Urdániz señaló a Bloch un papel importante en la herencia legada de su pensamiento sobre los teólogos de «la muerte de Dios», que tanto han influido —mucho más que los marxistas tradicionales— en los Estados Unidos, con la imagen de un cristianismo sin Dios, y de un Jesús revolucionario, admirado por «hippies», y exaltado en pseudo óperas revolucionarias y literatura liberadora.

Resulta innegablemente mayor la influencia en la sociedad occidental contemporánea de estos nuevos marxistas como Fromm, que la de los publicistas y apologistas al uso del sistema soviético. La progresía occidental estaba condenada a no hacer la crítica abierta del marxismo-leninismo imperante en la Unión Soviética, pero iba contra lo profundo de un ser, todo lo que la sociedad soviética llevaba en sí de disciplina, de un militarismo prusiano, hasta en sus formas externas como las formaciones del Ejército Rojo, desfilando con el «paso de la oca», que no el de los ejércitos occidentales, desprovistos de gran parte de sus características militares básicas, y convertidos sus soldados en «ciudadanos de uniforme».

En ocasión de los sucesos de agosto de 1991 en la Unión Soviética, de forma que pareciese programada, al menos en España, los medios de comunicación públicos, los privados más importantes en su casi totalidad, informaron al unísono de dichos sucesos como si fuese un golpe de estado militar. Diríase que estábamos ante un «cuartelazo» sudamericano, y no ante una acción de los ultracomunistas más duros. La manipulación semántica ha impuesto en la opinión deformada española, el hábito de llamar «conservadores» a los comunistas más de izquierdas en la realidad. Pero de esta forma se desprestigia y se denigra con gran eficacia a todo lo que no está imbuido de matiz y tinte progresista.

La reacción contra las Fuerzas Armadas en general, achacándolas el golpe de agosto, responde a ese subyacente odio de la mentalidad progresista contra lo que pueda suponer concepto de jerarquía y subordinación. Y, así, por muy sumisos que se muestren altos mandos españoles, y acepten humillaciones continuadas, será inútil; siempre subyacerá hacia ellos esa desconfianza.

Todo esto, el protocolo imperante en la Unión Soviética, el respeto por las formas en todos sus aspectos, donde resultaba inconcebible ver a Breznev o a Andropov, quitándose los fotó-

gafos de encima, como sus homólogos occidentales, la solemnidad en los actos públicos, etc., resultaba en su subconsciente inaguantable para el progresista occidental. Y muy a su pesar se veía obligado a callar y silenciar sus críticas, salvo entre medios muy afines.

Sus tragadcras tenían que someterse a nuevas ampliaciones casi inverosímiles cuando lo que en Occidente se consideraba un símbolo externo de progresismo, como las barbas descuidadas, los pelos larguísimos, o el vestir no ya informal, sino desastrado, tantas veces sería considerado en la patria del proletariado, en la Meca oficial del marxismo-leninismo como símbolos, no ya nada progresistas, sino pruebas de decadencia y degeneración burguesa, que debía ser extirpada en la patria del socialismo.

Y cuando el arte abstracto, la música dodecafónica y otras expresiones del progresismo y anticonformismo en Occidente eran considerados en la Unión Soviética y en las «democracias populares», como degeneraciones aberrantes. Sin llegar al «realismo socialista en el arte», impuesto por Zhdanov en la época staliniana, persiguiendo la música y la pintura convertidas en música y pintura burguesa antipopular, toda la literatura progresista burguesa, admirada en Occidente y exaltada al máximo como expresión del progresismo era catalogada de corrupta y degenerativa.

Las críticas a la pintura de Picasso, no ya en la época de Zhdanov, sino en la del «liberal y aperturista» Jruschof, constituyeron una buena prueba del retorcimiento mental a que había de someterse la opinión progresista occidental, que trascendía sus meros círculos hasta que gran parte de la burguesía embobada, con tal de no aparecer retrógados, también caía en sus ditirambos.

Esos portavoces del progresismo debían hacer malabarismos dialécticos y mentales para explicar su contradicción entre el hiperelegio al progresismo en la cultura, el arte, la pintura, la música, la escultura, la arquitectura, con el juicio vertido y denostado contra las mismas por el realismo socialista.

No en la época de Stalin, sino en la de Jruschof, se recurre no ya a clausurar una exposición en unas barracas de pintura abstracta, sino a enviar «bulldozers», que arrasaron sus paredes, que pasan sus cadenas y orugas por encima de la exposición y de sus cuadros.

Forzoso es reconocer el atractivo inconmensurable que ejercería sobre los marxistas occidentales el socialismo de otro de los más destacados miembros de la Escuela de Francfort, el men-

cionado Erich Fromm, quien de forma parecida a sus compañeros descubren al que ellos consideran el verdadero Marx, y no al descubierto y llevado a la práctica por Lenin.

Fromm presenta el verdadero socialismo como alejado totalmente de la disciplina y el control imperantes en el que teóricamente era el primer estado socialista del mundo: la Unión Soviética. El socialismo de Fromm presenta características anarquizantes mezcladas con socialismos utópicos premarxistas, cual los de Fourier, aunados con la contradicción del elogio al Marx de «Los Manuscritos de 1844» y al de «El Capital», aunque considera que aquel primitivo Marx puede perderse en obras posteriores.

Fromm consideró fundamental la obra del amor en la salvación de la humanidad. Un humanismo vago, una descripción de Marx, a la que acertadamente considera Kolokowski unilateral y simplista, y que sólo conserva de la doctrina de Marx lo que ésta pudo tener en común con Rousseau.

Mas esa vaguedad, esa inconcreción, en una combinación —aunque a veces es crítica— de Freud y Buda, en ese nuevo concepto russoniano de unión con la naturaleza, en la que Fromm quiere armonizar el marxismo, según él, y el budismo «Zen», penetra de forma tan profunda en la sociedad occidental actual, que ha conseguido efectos innegables.

Al igual que la influencia gramsciana sobre la cultura y la comunicación ha producido realidades evidentes, la influencia de Fromm es evidente sobre la sociedad actual. No anticristiana con un odio visceral como el de los bolcheviques revolucionarios de primera hora, o el de la España del Frente Popular en 1936. Es algo distinto pero mucho más eficaz. No es el odio ni el afán de destrucción, sino un nuevo concepto de rechazo de normativa moral, no sólo porque la Iglesia esté presentada como aliada de la reacción o del despotismo —aunque Fromm también participa en esa tesis—, sino de rechazo por enemigo de toda coacción que se oponga a la libertad total y absoluta.

Creemos que resulta fácil ver en esa admiración universal actual por los «Derechos Humanos» el paso del catolicismo al cristianismo y luego al ecumenismo y por fin después a una vaga ética, la eficacia trascendental no sólo de Fromm, sino de los otros componentes de la Escuela de Francfort, sobre los que no podemos extendernos, dejándolo para futuros trabajos, pues correríamos el riesgo de hacer éste inacabable.

Admiración absoluta por el permisivismo y la utopía; dejación constante y acelerada de todo lo que pueda suponer norma

para el desarrollo armónico de la sociedad. La acusación inmediata e instantánea de retrógado, oscurantista, a quien simplemente ose discrepar del permisivismo total a que nos conduce la evolución de la sociedad, que conduce a una alienación total, frente a la que casi nadie quiere oponerse, so pena de ser acusado de anti-demócrata, o del grave pecado, excomunión incluida, de ser llamado fascista.

Ante riesgo tal de ser designado con el vocablo nefando, aunque nunca llevase camisa negra, ni haz de lictores, e incluso fuese adversario, el silencio es cada vez mayor.

La influencia de la Escuela de Francfort preparó de forma rotunda con animadversión total a la técnica, y a la sociedad tecnocrática a que ella conducía según sus postulados, y con esa oposición a la ciencia adversaria del mundo de valores. Preparó las bases de la Contestación de 1968, y exacerbó al máximo lo que Del Noce considera fundamental en dicha contrastación: la oposición entre el espíritu revolucionario y el espíritu tradicional. Pero volviendo a la obra de Veneziani tan clogiada por Del Noce en su trabajo póstumo, la Contestación, se equivocó. Se equivocó porque identificaba los valores tradicionales con el sistema capitalista cuando éste era su enemigo más implacable.

Con frase esclarecedora dice: «La contestación contribuyó a mimar no los apoyos y las alianzas del capitalismo, sino los últimos obstáculos que se oponían al sistema capitalista».

Aunque el afán nihilista en tantos aspectos de la Escuela de Francfort no haya triunfado en su plenitud, ha sentado las bases para que la influencia de Adorno, Horkheimer, Fromm, etc., haya convencido a gran parte de la sociedad de que la humanidad está amenazada por el avance de la técnica y de la ciencia, que conducirán inevitablemente a un feroz totalitarismo. El implacable odio al automóvil, característico de tantos medios progresistas, es un fiel reflejo de ese influjo.

La teoría crítica de la sociedad burguesa, la crítica al marxismo-leninismo, y la crítica subversiva a todo, han sido consecuencias ciertas de esa Escuela y de sus componentes. Una adaptación del marxismo a las características básicas de la sociedad occidental, como lo fue el gramsciano con su guerra de posiciones respecto a la guerra de movimientos del leninismo.

Por tanto no podemos caer en un optimismo fácil y triunfalista cuando se habla y se escribe del fin del marxismo como consecuencia de la crisis del mismo en las naciones del Este, y en la propia Unión Soviética.

El marxismo, depurado del componente que no calificaríamos

de asiático, como voces muy autorizadas lo califican, sino eslavófilo, con sus peculiaridades que no son ni asiáticas ni europeas, permanece hoy en Occidente.

Varias veces he manifestado, y en estas mismas páginas, es necesario volver sobre ello, que Lenin no tuvo en su pensamiento y obra una exclusividad marxista. Desde los orígenes de su formación política ésta no habría sido influida casi unidireccionalmente por la doctrina de Marx, ni mucho menos.

La deformación de los apologistas bolcheviques y la manipulación por los historiadores y filósofos oficiales en la Unión Soviética, desde Stalin hasta hoy, ha hecho creer incluso entre autores serios y competentes, la exclusividad marxista en la obra de Lenin.

Sin la enorme influencia de Chenichevski, Tkachev, Nechaiev, Zaichnevski, Belinnski, Herzen..., no puede entenderse a Lenin, ni por tanto al marxismo-leninismo ni el afianzamiento, desde 1917 hasta 1991, del poder soviético. Sin ellos puede entenderse e interpretar a Marx. Pero no al marxismo-leninismo. Ese culto a la violencia de casi todos ellos, con la excepción de Herzen, señala a Lenin en forma mucho mayor que la influencia revolucionaria burguesa, que es lo que proclama Fromm cuando quiere salvar a Marx de la acusación de violencia.

Ese marxismo, simbiosis extraña entre socialismo occidental y revolucionarios mesiánicos y crueles como los Chernichevski y demás, es el que ha funcionado con las mayores dosis de crueldad y barbarie de la historia, desde 1917. Pero que ha fracasado, parece que inevitablemente, en la construcción de ese hombre nuevo: para lo que era fundamental arrinconar definitivamente toda interpretación de un marxismo determinista y evolutivo de la sociedad.

Simbiosis sí, de revolución sin idealismo, junto con el control, la disciplina y los nuevos métodos de producción. El marxismo no pasivo, sino el acelerador de las condiciones subjetivas, el adaptador a las circunstancias de un marxismo jacobino.

Dicho marxismo está en crisis, y quién sabe si herido de muerte, salvo acontecimientos excepcionales en el Este. Tal vez el querer jugar demasiado con la flexibilidad del leninismo, lo haya hecho traspasar determinados límites, en los que peligra su propia supervivencia.

Por otra forma de marxismo, lo que vemos en Occidente, que aliena totalmente al hombre so pretexts liberadores, ha anulado en gran parte su voluntad, conformándola respecto a unos modos establecidos. Un ateísmo galopante en gran parte, cuando no un

gnosticismo. Una superioridad total de la praxis frente a cualquier otra consideración, el materialismo que todo lo ahoga en unión con una masificación igualitaria. Un culto desafortunado al materialismo prostituyendo el espíritu y esclavizándolo.

Una sociedad gregaria en grado sumo donde por obligación imperiosa se ensalza so pretextos liberadores el arte decadente en todas sus expresiones: desde la música estridente, inarmónica y enloquecedora, a la literatura zafia y grosera, al lenguaje más repulsivo y abyecto.

Se impone la masificación en las vestimentas y en los gustos, y se cultiva a la juventud halagándola con ser más libre, auténtica, sincera, cuando el capitalismo la manipula como nunca lo ha hecho. Alienándola, creyéndola sentirse libre, mientras se convierte sin saberlo en esclava de los gustos y modas que marcan esas empresas capitalistas, cambiando continuamente, según las conveniencias de las mismas.

El marxismo-leninismo podría, insistamos en lo condicional, haber sido condenado al desván de la historia, pero el marxismo, absorbido por el capitalismo, ha conseguido el paso de la sociedad cristiana a la sociedad burguesa pura. La sociedad pagana occidental ha realizado la esencia del marxismo.

¿Será esto un estado definitivo para la humanidad? ¿Tendrá razón Fukuyama en que ésta ha alcanzado su etapa última?

Afortunadamente la historia no está escrita sólo por los deseos y las modas de los hombres. La Providencia actúa, y así lo ha hecho a lo largo de los siglos, alterando situaciones que parecían inalterables. Hace tan sólo unos años, el triunfo del leninismo parecía inevitable.

La transformación de la humanidad a manos del marxismo-leninismo, lo que no sólo manifestaban sus exégetas, y en la que creía gran parte de la propia curia vaticana en tiempos de Juan XXIII y Pablo VI, y que la contemplación de la realidad mostraba, era casi un hecho. Por el contrario, la fusión por absorción del socialismo en el capitalismo, ha transformado revolucionariamente al primero sustituyéndole. Se ha desmantelado la ideología marxista-leninista y se ha desideologizado la fuerza revolucionaria del leninismo, pero haciendo realidad la consecución última del marxismo de la obtención por el hombre del paraíso en la tierra. El capitalismo, el neocapitalismo, ha absorbido el socialismo, y ha hecho realidad en gran parte sus postulados y últimas aspiraciones.

¿Será el estado último y definitivo de la humanidad? La esperanza, pero también la razón, nos dice que no.